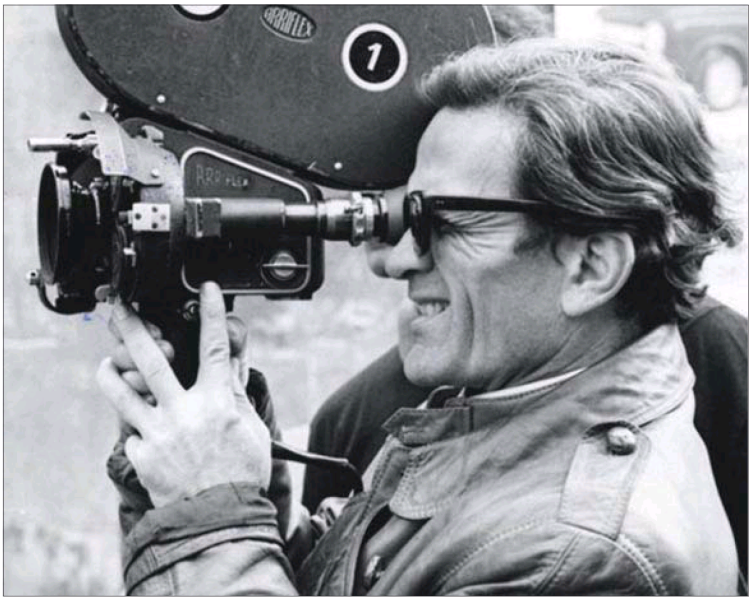
CULTURA



El director de cine italiano Pier Paolo Pasolini.

GENIOS E IMPOSTORES

Pasolini camino del Gólgota

MANUEL VICENT

El viacrucis lo inició Pier Paolo Pasolini la noche del 1 al 2 de noviembre, noche de difuntos de 1975, hace ahora medio siglo. El camino del Gólgota lo recorrió a bordo de un Alfa Romeo plateado llevando en el asiento delantero a un chaval de 17 años, un chapero llamado Giuseppe Pelosi, al que había cargado al pie de un lienzo de la muralla Aureliana, junto a la estación Termini de Roma. Allí, bajo el resplandor de varias fogatas, se movía una camada de jovenzuelos dedicados a la prostitución y al menudeo de la droga. El gran poeta y cineasta conocía de sobra ese ambiente, de modo que le bastó solo un guiño para elegir al que más le gustaba y el trato se cerró en un aparte con las palabras consabidas. Un servicio por 20.000 liras —2.000 pesetas de entonces, unos 10 euros de ahora—. El coche de lujo pudo provocar envidia en los colegas del chaval cuando lo vieron arrancar con el gran berrido de los tubos de escape. Días después, a varios de ellos los interrogó la policía. "Se fueron solos; no los siguió nadie", manifestaron.

El trayecto hasta el lugar de la inmolación era de 30 kilómetros. El Alfa Romeo abandonó Roma por la vía Nacionale en sentido al Lido de Ostia, pero en el camino del calvario hubo una única estación. El chico tenía hambre y Pasolini conocía una *trattoria* llamada Biondo Tevere, junto a la basílica de San Pablo en la vía Ostense donde él solía reunirse a veces con Alberto Moravia y Elsa Morante, con Fellini, Sordi, Ana Magnani y otros amigos. También le servía la *trattoria* para estar solo, escribir y ve pasar la vida desde la terraza que daba al Tíber. Les atendió Guiseppina Panzironi, la mujer de Vincenzo, el dueño. El chico pidió unos *spaghetti* y el poeta, que ya había cenado, se tomó una cerveza y un plátano. Durante un tiempo, esa estación en el camino de la amargura se convirtió en un lugar de culto, parada obligatoria para muchos devotos del santo laico representado en las fotografías de las paredes. También yo un día merodeé por allí para cumplir con el rito de homenaje.

Liturgia sin esclarecer

En ese punto del trayecto Pasolini ignoraba que estaba viviendo una escenificación de su propia agonía. Tal vez mientras mordía la banana tan fálica recordó que en octubre de 1949, dos años después de haberse afiliado, había sido expulsado del Partido Comunista "por indignidad moral y por seguir las deletéreas corrientes ideológicas burguesas como Gide y Sartre". También, siendo católico, había provocado a la iglesia con la película *La pasión según San Mateo*, con una Virgen embarazada, madre de un Cristo inquietante y revolucionario; había escrito novelas, poemas, obras de teatro; había rodado otras películas inolvidables, siempre situadas en esa última fase donde la estética barre todas las fronteras y el arte excede a la moral.

Pasolini siguió camino con su chapero a cuestas como una cruz irrenunciable y más allá de la medianoche el Alfa Romeo se detuvo en un descampado cerca del Lido de Ostia, un erial lleno de abrojos y desechos industriales. En este punto del calvario se produjo el crimen, cuya liturgia sexual y sangrienta ha quedado sin esclarecer después de tantos años. Pasolini apareció muerto bajo la bruma de la madrugada con señales de haber sido apalizado con un bate y posteriormente aplastado por las ruedas de su propio coche, que hizo varias pasadas sobre su cuerpo. Hay algo peor que lo matarán: lo peor es que Pasolini murió. "No me dejéis solo", gritó Pelosi entre el violento escape de una moto que se alejaba. Con este poeta y cineasta desapareció el revulsivo de la cultura oficial, el esteta visionario y provocador. Se le habían perdonado todos los límites de su talento, pero ese mismo año de 1975 había estrenado la película *Saló y los 120 días de Sodoma*, que causó una convulsión sádica insoportable en la sociedad burguesa y por eso fue sentenciado.

Cuando un verano de los años ochenta, camino de la playa de Ostia, visité el lugar del crimen, aquel descampado seguía siendo un yermo inhóspito lleno de basura y allí se había levantado una triste escultura en el punto exacto del crimen en memoria del poeta. No se hallaba preservada todavía con una cerca de madera. Aquella figura de una paloma que sostenía en el pico la luna llena estaba a merced de cualquiera que se le antojara degradarla cubriéndola de insultos. Sucio, comunista, maricón. De noche, alrededor de ella, se había establecido un mercadillo de mozalbetes prostitutos, que tal vez eran los ángeles soñados por Pasolini para que le ayudaran a descender hasta el fondo de la degradación de donde él extraía la singular belleza para arrojársela a la cara a los burgueses.

Era un fin de semana de agosto y hacia la playa de Ostia confluían los personajes de Fellini para establecer en la arena bajo un calor pegajoso los ritos de los cuerpos desnudos, el sudor de las miradas turbias, los gordos y gordas descomunales en bañador, los gritos de felicidad de los niños entre los golpes de espuma, canciones de organillos y tarantelas, el pestilente olor de fritangas en los tenderetes y las sandías abiertas al sol. Se oían bocinas de descapotables con la musiquita de la película *Il sorpasso*, aunque no iban a bordo Vittorio Gassman y Jean-Louis Trintignant, sino descerebrados que, al ver que unos amigos en torno a la escultura rendíamos homenaje al poeta muerto en aquel calvario, nos gritaron desde la ventanilla de un coche: "*¡Eeeh, vaffanculo!*" Alguien de nosotros recitó uno de sus versos: "Cuánto ha dado ya lo ha dado, el resto es árida piedad". Murió un sábado, día de difuntos, a los 53 años.

Una vida dedicada al arte y la polémica

Multidisciplinar. Nacido en marzo de 1922 en Bolonia, Pier Paolo Pasolini cultivó la poesía, la narrativa, el ensayo, el teatro y el cine.

Obra literaria. Polemizó con el marxismo oficial y con el catolicismo, a los que llamaba "las dos iglesias" y les reprochaba no entender la cultura. Sus poemarios más conocidos son *La mejor juventud* (1954), *Las cenizas de Gramsci* (1957) o *La religión de mi tiempo* (1961), mientras que sus novelas más destacadas son *Muchachos de la calle* (1955), *Una vida violenta* (1959) y *Mujeres de Roma* (1960).

Cine. Exploró los aspectos de la vida cotidiana con un gran estilo narrativo y fuerza visual, convirtiéndose en uno de los realizadores italianos más venerados. Sus principales películas como director son *Accattone* (1961), *Mamma Roma* (1962), *El Evangelio según San Mateo* (1964), *Teorema* (1968), *El Decamerón* (1971) o *Saló o los 120 días de Sodoma* (1975).

UNIVERSOS PARALELOS

Diego A. Manrique

La canción de los suicidas

'Gloomy Sunday' suele ser grabada por artistas con fama de transgresores

Es un mito que convendría liquidar: seguro que han oído hablar de la canción húngara que tenía (tiene, insisten algunos) el poder de empujar al suicidio, tanto en la versión original —*Szomorú vasárnap*, es decir, *Triste domingo*— como traducida a otros idiomas. Se han hecho películas al respecto; aparte, resulta material irresistible para los Iker Jiménez de este mundo. Y eso que ha sido desmontado una y otra vez, recientemente en estas páginas.

Sobre una melodía compuesta por el pianista Rezsö Seress, la letra de *Szomorú vasárnap* (1935) narra el mórbido desconsuelo de un hombre que entierra un domingo a su amor. Desde entonces, sus domingos son puro sufrimiento. Finalmente, échale la culpa a Poe, convoca al fantasma de la difunta para que pueda ver que también él es sepultado en un "triste domingo". La adaptación al inglés se llamó *Gloomy Sunday* (algo así como *Domingo tenebroso)* y alcanzó la inmortalidad con la sombría lectura de Billie Holiday, en 1941. El letrista, Sam E. Lewis, modificó el drama primigenio, como si fuera un guion de serie B: añade una coda, según la cual el/la cantante despierta y todo ha sido un mal sueño; la persona amada duerme plácidamente a su lado.

Desde la segunda mitad de los años treinta, se publicaron reportajes alarmistas, que señalaban que la canción invitaba a quitarse la vida a oyentes particularmente deprimidos, historias tremebundas envueltas en neblina cuando se esperaba encontrar detalles. Con todo, el runrún resultó tan poderoso que hasta fue prohibida por la BBC; corría 1941 y la Tía Beeb, como era conocida coloquialmente, no quería programar nada que pudiera desequilibrar el esfuerzo bélico de los británicos.

Hoy, con lo que sabemos de la industria musical, intuimos que aquello fue una campaña promocional que se pasó de frenada. La exageración —ahora diríamos, el *hype*— resultaba evidente: se hablaba de cadáveres rescatados del Danubio, suicidas cuyas manos ¡aferraban la partitura de *Szomorú vasárnap!* Indirectamente, ese detalle imposible sugiere que un *song plugger* (experto en colocar canciones en el repertorio de solistas y orquestas) se dejó llevar por la fantasía. De ser así, logró su cometido. Como *Gloomy Sunday,* la pieza ha alargado su vida natural con abundantes versiones. En muchas ocasiones, han venido firmadas por artistas con cierta fama de transgresores: Serge Gainsbourg, Lydia Lunch, Marianne Faithfull, Marc Almond, Sinéad O'Connor, Diamanda Galas, Kronos Quartet, Christian Death.

Ahora, la compañía berlinesa Pirahna Records da una vuelta de tuerca a semejante leyenda urbana, confeccionando una antología llamada *Hungarian noir,* que contiene 12 versiones del fatídico tema. Aparte de la original y la de Billie Holiday, todas son nuevas y pertenecen a artistas encuadrables en la *world music.* Se perpetran audacias raperas (GOG), se hacen carnosas recreaciones instrumentales (Manolito Simonet, Chango Spasiuk) y se prolonga la vida turbia de *Gloomy Sunday.* Porque el verdadero secreto es que no se trata de una gran canción. Por lo menos, en origen: estática y plomiza, no pasa de una exhibición de narcisismo centroeuropeo.

press reader Printed and distributed by PressReader PressReader.com + +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW